

TURISTAS, MADRE, POR EL ARENAL!

COMO SE DETECTA UN TURISTA

El turista, ese animal consumista que se cria en el resto del mundo, es fácilmente detectable en general y mucho más aún en particular. Así es. Cuando va en manada, basta comprobar si ésta se parece o no a una horda de ursulinas o a un rebaño de seminaristas. Si se parece es que nos encontramos ante material nacional común y no viene al caso. Pero si no se parece es que, en efecto, se trata de una auténtica manada de extranjeros que, sagazmente conducida y engañada por un clásico guía hispánico con mucho cachondeo encima, es llevada a título de anécdota por si todavía queda algún castizo que no lo sepa, la mejor hora para robar y vejar a sus componentes suele ser cuando se han tomado el tercer «Tío Pepe». Y esto es importante, ya que al turista si no se le roba y se le veja no vuelve. Le va mucho la marcha, encuentra en ella una tentadora fascinación.

Detectar al visitante en particular resulta todavía mucho más sencillo. Cada país envía representantes típi-

cos y, además, según ladren, maülen, relinchen, graznen, rebramen, rebuznen, berreen, balen, bufen, cacareen y respondan en uno u otro idioma, se les clasifica sin mayor trabajo. Ahora bien, donde no falla la cosa es si se les distingue por los olores, ropas o costumbres. Vamos con los ejemplos. El belga va con camiseta y huele a agua estancada. El inglés apesta a pana y desprecia a nuestra gente. El portugués va con perilla y sin un duro. El francés, con gorra, bigote, sandalias y le canta el sobaco a «paté» trufado. El italiano no viene. Los escandinavos, siempre desnudos, despiden un aroma a mosca-tel que sólo es comparable con las horteradas y cursilerías que se pone el americano del Sur. El yanqui, bueno, el yanqui es tan necio como el nipón y ambos fotografian las estupideces más insólitas. El negro porque va de negro y los rusos porque no vienen (dicen que están muy bien donde están). Los australianos, como los ingleses de antes, con calzones remendados por las viudas de la Commonwealth. Los suizos, tan groseros como de costumbre, los austriacos tan antipáticos y los alemanes tan alemanes. Los orientales, indios y chinos, jamás acuden porque aquí se come mucho y eso va contra sus religiones. Y si me olvido de alguno que, por favor, el lector se encargue de ponerlo a partir. Gracias.

EL TAMPAS



te raro al tra-
cepto de harán,
lo que, en vez
itándose velos,
avarras las que
t a y fornidas
s las que den
tilo de los ma-
les, con bonito
De este modo,
entrada de di-
eino de la mo-

AMETEGAL



BELLotas PARA EL EXTRANJERO



En Extremadura ha sido creada muy recientemente una nueva Universidad con el fin —me imagino yo— de alimentar fisiológica y espiritualmente al extranjero en estado silvestre a base de bellotas y otras hierbas, pues el foráneo es muy dado a eso del existencialismo herbívoro. Al parecer, la citada Universidad empezará sus cursos este mismo verano, ya que no puede postergarse un minuto más que la ola turística no alcance el reino extre-

meño. Por otra parte, los aborígenes ya no saben qué hacer con la producción de bellota, producción que ha rebasado en el año en curso los límites más insospechados de prodigalidad. Por eso pidieron a gritos una Universidad, para ver si cebando a los extraños acaban con el problema. En vez de aulas se instalarán modernas porquerizas, donde se disertará sobre temas siempre referidos a cómo lograr una buena digestión con los frutos de la encina, del roble y otros árboles del mismo género. También se hará una campaña contra las proteínas cárnicas, puesto que cada vez que un extranjero las consume pasa, indefectiblemente, del estado silvestre antes mencionado al de salvaje, y eso, ¿o no?, es muy peligroso para la buena marcha de nuestra civilizada y acogedora hospitalidad en materia turística. Ya sólo nos queda decir en extremeño: «laudeamus igitur...».

LA BERNARDA

